

**JOSE MARIA VALVERDE O
EL IMPOSIBLE MATERIALISMO;
A PROPOSITO DE SER DE PALABRA**

Francisco J. Díaz de Castro

Al publicar su poesía completa en el volumen *Enseñanzas de la edad*,¹ José María Valverde incluía un conjunto inédito de poemas que significaba una importante desviación respecto de sus preocupaciones esenciales anteriores en el terreno de la creación poética. Se trata del conjunto titulado *Años inciertos* (1970). En una poesía que había ido cargándose de experiencia histórica en esa línea de existencialismo evangélico de voz tan personal desde los primeros momentos, aparece con esos poemas una vena dolorida, crítica, hirientemente sarcástica a veces, impulsada, probablemente, por las circunstancias biográficas de aquellos años.

Con esos poemas nuevos, la estructura un tanto cerrada de su mundo poético, que parecía haber entrado en crisis sobre todo a partir de *La conquista de este mundo* (1960) por lo que J.L. Cano llama "el intento de bajar el diapasón de la poesía, de democratizarla",⁴ se llena de posibilidades de transformación hacia una poesía abierta a nuevos temas y, sobre todo, a una dialéctica entre los propios valores del poeta y una realidad analizada cada vez más críticamente. En cierto modo, el conjunto añadido a las obras ya publicadas, *Años inciertos*, era un anuncio de novedades temáticas. La publicación de *Ser de palabra* (1976),³ es, para mí, la reafirmación valiosa de su universo poético metafísico, en el que la profundidad del análisis de la historia cercana no evita una nueva cerrazón estructural, basada esta vez en la interpretación del lenguaje, de la palabra poética, como Verbo.

- (1) José María VALVERDE: *Enseñanzas de la edad. Poesía 1945-1970*. Barral editores, Barcelona 1971; 216 pp.
- (2) José Luis CANO: "Notas sobre José María Valverde", en *Poesía española contemporánea. Las generaciones de postguerra*. Ed. Guadarrama, Punto Omega, Madrid 1974; 244 pp., pp. 165-173.
- (3) José María VALVERDE: *Ser de Palabra*. Ed. Ocnos, Barcelona 1976; 88 pp.

En efecto, la crítica ha reiterado la unidad esencial del mundo poético de Valverde cada vez que éste ha publicado un nuevo libro, hasta *La conquista de este mundo*. Unidad que crea el punto de vista del poeta religioso, que parte de la expresión de lo divino como aventura mística, con influencia directa de San Juan de la Cruz,⁴ pero muy personal por la íntima relación de esa poesía con la experiencia biográfica. Aunque, vista desde *Versos del domingo* (1954), creo que no puede mantenerse, como han hecho algunos antólogos, lo que apuntó Dámaso Alonso a propósito del primer libro, *Hombre de Dios* (1945), es decir, la idea de que “para Valverde el mundo se ordena bello hacia un fin”,⁵ afirmación esencial en el caso de *Hombre de Dios* y, en parte, en el caso del siguiente libro, *La espera* (1949), pero que a partir de entonces resulta muy parcial. Desde mi punto de vista, esa ordenación del mundo bello hacia un fin pasa a convertirse en uno de los polos de una dialéctica nueva entre la propia ideología y la realidad observada, aunque siga siendo, desde luego, el que impone su presencia. Pero no hay que olvidar que, por muy unitario que sea el mundo poético de Valverde, tan claras están las constantes como las diferencias, fruto éstas de la maduración del poeta.

De *Hombre de Dios* sí puede afirmarse que el intimismo existencial, la búsqueda de sentido de los seres, el didactismo de algunos poemas, están ordenados por lo teológico,⁶ por la búsqueda mística de Dios, hacia quien, en contra de lo que hacen otros poetas religiosos de esos años, Valverde alza su canto agradecido,⁷ “salvandose de lo tópico por su sinceridad y lo poco retórico de su lenguaje”.⁸ Desde ese libro las influencias de Rilke y Machado son decisivas, como recuerdan, entre otros, J.P. González Martín y J.M. Castellet. Para este último, la confluencia de ambos produce en Valverde y en los de su grupo, “una cierta poesía de la experiencia temporal”. “Es, sigue diciendo, la poesía de la experiencia cotidiana, narrativa, biográfica, existencial, temporal, es decir, vinculada al recuerdo, a lo temporalmente vivido: contarse el poeta a sí mismo, lo cual, a pesar del expreso abandono de la visión histórica, que limita esta poesía a parciales experiencias subjetivas sin coherencia intrínseca, fue un experimento interesante como tanteo para dejar atrás los viejos moldes simbolistas”.⁹ Cito largamente estas palabras porque creo que aclaran varios aspectos del último libro de Valverde, como veremos. No estoy de acuerdo, sin embargo, en la afirmación de que el expreso abandono de la visión histórica limite esta —ni ninguna— poesía a parciales experiencias subjetivas sin cohe-

(4) Víctor GARCIA de la CONCHA: *La poesía española de postguerra. Teoría e historia de sus movimientos*. Ed. Prensa Española, El Soto, Madrid 1973; 542 pp., pp. 458-464.

(5) Dámaso ALONSO: “Prólogo” a J.M. Valverde, *Hombre de Dios*. Rep. en *Poetas españoles contemporáneos*. Ed. Gredos, Madrid 1969; pp. 375-380.

(6) Ibid.

(7) Víctor GARCIA de la CONCHA: Op. cit.

(8) Jerónimo Pablo GONZALEZ MARTIN: *Poesía hispánica, 1939-1969. Estudio y antología*. Ed. El Bardo, Barcelona 1970; 377 pp. Vid. pp. 74-79.

(9) José María CASTELLET: *Un cuarto de siglo de poesía española*. Ed. Seix Barral, Barcelona 1966; 554 pp. Vid. pp. 83-86.

rencia intrínseca. En primer lugar, no veo qué tenga que ver la cuestión de la perspectiva que elija el autor con la de la coherencia intrínseca de las experiencias subjetivas, y menos en el terreno de la poesía lírica. En segundo lugar me parece evidente que la coherencia ideológica, cosmovisionaria, o como se quiera, de **José María Valverde** es tal a lo largo de su producción poética, que llega a limitar, y este es el tema que pretendo fijar en el presente artículo, el voluntarismo de un compromiso específico con el hombre. Compromiso que es uno de los dos polos entre los que oscila la poesía de *Ser de palabra*.

Aparece, además, en *Hombre de Dios*, un tema que se mantiene a lo largo de todas las obras del poeta y que se desarrolla como clave esencial del nuevo cosmos poético cerrado de *Ser de palabra*; la pasión del y por el lenguaje, que comparte con la mayor parte de los poetas de la "generación del 50" (aunque se manifieste a veces en expresiones radicalmente opuestas):

Tú nos lo entregas (el mundo) para que lo hagamos palabra.

Dentro de esa coherencia transcendentalista de las cosas y de la experiencia del poeta a través de la palabra, los siguientes libros van enriqueciéndose, como ya apuntaba, gracias a una mayor profundización en lo propiamente humano, en lo histórico, que es directamente biográfica, y también gracias a una mayor amplitud en la búsqueda de matices y en la retórica de las imágenes. En *Versos del domingo* aparecen algunas "intenciones épicas"¹⁰ que, manteniéndose en el terreno de la visión eucarística, darán la forma peculiar a *Voces y acompañamientos para San Mateo* (1959). En este libro, escrito en los años de auge de la poesía "social" y, seguramente, influido por esa inquietud generacional, la contemplación de las miserias sociales resuelve el posible sentimiento de angustia que apuntaba en su libro anterior en una "serenidad resignada que se deriva de su catolicismo"¹¹, lo cual no deja lugar a dudas sobre una actitud global que pretenderá superarse en *Ser de palabra*. Pues la metodología para el análisis de la realidad deriva en esos momentos de *Voces y acompañamientos...* de la lectura personal, exegética, de San Mateo, que va alternando con ejemplos históricos o biográficos de los textos glosados.

La conquista de este mundo (1960), por su coloquialismo, su leve ironía y la esquemática visión de la historia de la humanidad, supone un descenso considerable de la elaboración —y la calidad— poética, y también en la profundidad de la interpretación religiosa del mundo. Este libro revela el inicio de una nueva actitud del poeta ante la realidad. En cierto modo, el siguiente conjunto de poemas, *Años inciertos*, fechado diez años después, ofrece la primera salida de esa crisis poética. De hecho, Valverde supera *Hombre de Dios* en algunos poemas de *Años inciertos*, que son algo así como el negativo fotográfico de aquel libro. En *Años inciertos* la distancia del exilio, el desengaño y un nuevo modo de compromiso social hacen que el poeta se replantee algunos puntos importantes de su actitud poética, y también de la historia de España, manteniendo siempre la perspectiva religiosa. Con razón señala Joaquín Marco que "la lectura de este último apar-

(10) Isabel PARAISO: "José María Valverde: trayectoria de una vocación asumida", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 185, LXII, 1965; pp. 383-401.

(11) Ibid.

tado de sus obras completas aclara la actual concepción poética del actual poeta”¹². Y creo que lo mismo cabe decir de *Ser de palabra*, que es una ampliación y aclaración de algunos aspectos —el compromiso, la perspectiva metafísica de la palabra poética—, de *Años inciertos*.

Ser de palabra se nos ofrece como una recopilación, ordenada cronológicamente, de los poemas escritos entre 1971 y 1976. Como ya señalaba Marco a propósito de *Enseñanzas de la edad*, ahora Valverde quiere que sigamos entendiendo su labor como una obra que va creciendo, a la que en esta ocasión añade algunos capítulos y que queda abierta a “ulteriores añadidos”. El libro está formado por tres series de poemas. La primera, titulada “Tres poemas”, sirve de introducción al tema central, “Ser de palabra”, desarrollado en siete poemas en los que se reformula la poética personal con gran coherencia, sobre todo si la comparamos con sus obras anteriores. El libro lo cierra la sección “Maneras de hablar”, que consta de seis poemas dedicados al homenaje de Vivanco, Rousseau, Cervantes, la madre, Allende, Ferrater.

En el libro se halla la actualización de su poética, como he dicho, que gira en torno a los temas principales de sus obras anteriores, con la incorporación de nuevos tonos y de más complejas perspectivas. El autor nos advierte en breve nota introductoria que usa el verso “como medio general para cualquier tema, tono y punto de vista en que me sienta movido a hablar, sin miedo a que el resultado se considere más bien ensayístico, teórico, didáctico, periodístico o alguna otra cosa análogamente asociada a la prosa dentro de nuestras costumbres y de nuestra tradición inmediata”. Es una elección que manifiesta la voluntad de escribir una palabra poética más transparente, depurada de alardes expresivos. En cierto modo, esa aclaración sería aplicable a muchos de sus poemas desde *Voces y acompañamientos para San Mateo*, aunque ahora falta el tono irónico que se había ido adueñando de algunos poemas de este libro y que es esencial en *Años inciertos*. Ahora, en *Ser de palabra*, se contraponen dos tonos, uno de escepticismo, que advertimos en los poemas en que el autor elige un perspectivismo del razonamiento, que da a estos poemas un exceso de elementos discursivos en los que apenas hallamos matices, creo que por la índole misma de ese perspectivismo:

*Los motores, las máquinas queridas
con que soñar pudimos que la tierra
se haría mansa y fértil y amigable,
van destruyendo todo, digiriéndolo
en excremento muerto y en neblina.
Estaba a nuestra vista y no lo vimos
y antes que llegue el pobre al fin del hambre
ya no habrá hierro, ni aire, ni horizonte,
el pez se habrá borrado de los mares,
del mundo quedará una sucia escoria.*

(Conversación ante el milenio)

(12) Joaquín MARCO: “La poesía de José María Valverde a la luz de su nuevo libro”, en *Nueva literatura en España y América*. Ed. Lumen, Barcelona 1972; pp. 193-200.

Un segundo tono, exaltado, propiciado por el voluntarismo del poeta, por su fideísmo, que se manifiesta en el último poema de la sección central, "Ser de palabra", y que yo diría que es el que se impone:

*Déjate llevar de la mano por el gran ángel del lenguaje,
cree en tu propia palabra, la de todos, y ya estarás
salvado en la red del hablar, volcado hacia el gran oído
donde todo lenguaje, carne de memoria, ha de ser recordado:
la llamada del niño que ahora muere de hambre en una choza;
los cientos de millones de cuchicheos amorosos de anoche;
las diarias palabras sencillas, como el pan, de todos con todos...*

(Creer en el lenguaje).

Dentro de este planteamiento general, tal vez en exceso rígido, y que, por ello iré matizando, me referiré a la primera de las actitudes señaladas, la de escepticismo. En ella destaca inmediatamente el punto de vista de mayor profundidad: el recuerdo y el autoanálisis como fuente de reflexión sobre la realidad percibida y como valoración de su "ser en el mundo". Este es el que se adopta en varios de los mejores poemas del libro como "Otro cantar", "En el principio", "La Torre de Babel cae sobre el poeta" y "Primer aniversario". Esa perspectiva, por otra parte, posibilita un leve simbolismo que crea una atmósfera intimista de gran valor poético:

*De pronto arranca la memoria,
sin fondos de origen perdido:
muy niño, viéndome una tarde
en el espejo de un armario,
con doble luz enajenada
por el iris de sus biseles,
decidí que aquello lo había
de recordar, y lo aferré...*

.....
*Hasta que un día, bruscamente,
vi que esa estampa inaugural
no se fundó porque una tarde
se hizo mágica en un espejo,
sino por un toque, más leve,
pero que era todo mi ser:
el haberme puesto a mí mismo
en el espejo del lenguaje,
doblando sobre sí el hablar,
diciéndome que lo diría,
para siempre, vuelto palabra,
mía y ya extraña, aquel momento.*

A cuya luz el poeta vuelve sobre la poesía escrita en el pasado, dándonos una actualización de su actitud de entonces, que es decisiva para la lectura actual de toda obra poética:

... que no hay más mente que el lenguaje,
 y pensamos sólo al hablar,
 y no queda más mundo vivo
 tras las tierras de la palabra.
 Hasta entonces, niño y muchacho,
 creí que hablar era un juguete,
 algo añadido, una herramienta,
 un ropaje sobre las cosas,
 un caballo con que correr
 por el mundo, terrible y rico,
 o un estorbo en que se aludía,
 a lo lejos a ideas vagas:
 ahora, de pronto, lo era todo,
 igual que el ser de carne y hueso,
 nuestra ración de realidad,
 el mismo ser hombre, poco o mucho.

(En el principio).

Como puede observarse, esa revisión —que sugiere un acercamiento al Evangelio de San Juan desde el de San Mateo— nos sitúa en el seno de un nominalismo en cuyo terreno se plantea la teorización, no sólo del lenguaje, sino de la realidad objetiva. Terreno de abstracción en el que Valverde nos podría llevar a superar la antinomia poesía/ciencia en un sentido no idealista, pero que la identificación palabra poética=Verbo=Dios convierte en un planteamiento metafísico que abarca —y que perfecciona superándola— la visión mística de la existencia que ofrecía el joven poeta de *Hombre de Dios*, como veremos.

Otro tono dentro de esta perspectiva del razonamiento, al que llega casi por necesidad, es la visión sentenciosa, generalizadora, dogmática. El poeta define, conscientemente, en avances progresivos. Toda la parte central del libro está concebida en este sentido. Por eso, tras el primer poema de esta parte, “En el principio”, al que me acabo de referir ampliamente, y que sirve de mediación para delimitar el tema del lenguaje, el poeta coloca “Dos tesis”, formado por dos sonetos consecutivos. La primera tesis es la afirmación universal del lenguaje como razón última del pensamiento y de la poesía:

*Tan sólo así hay ideas y sentidos,
 alma, amor y memoria: es la manera
 nuestra de ser: no queda nada fuera
 del paso de la boca a los oídos.*

La misma utilización de la estructura cerrada del soneto es de por sí ya significativa, es un poeta que emplea escasamente dicha estrofa, doce veces en toda su obra anterior, *Enseñanzas de la edad*, y ocho de ellos agrupados en *La conquista de este mundo*.

La segunda tesis es la del origen extrahumano del lenguaje, entendido, además, como creador y destructor absoluto, como principio y fin de todo. Hablar es, para él,

*... es desvío, es aventura
 que aparta de este mundo en nuevo afán,
 y que, hecho ciencia, técnica y locura,
 puede hundir toda historia y todo plan.*

Respecto a la temática, y teniendo en cuenta lo ya dicho, se observa que los temas principales siguen siendo los mismos en este libro, en estos nuevos capítulos de la obra. Aunque cuantitativamente no lo sea uno de ellos, el de la fe. Precisamente por su colocación al final de la serie de razonamientos, que eso son los siete poemas de la sección "Ser de palabra", este tema cobra importancia decisiva.

El primero de los temas es el tiempo. El poeta, ya desde su primer libro, asumió la lección de la poesía idealista contemporánea, **Rilke**, **Machado**, sobre todo. Aquí sigue que prevaleciendo el tiempo intimista, a pesar de las repetidas incursiones en planteamientos históricos que podrían haberle llevado a un terreno dialéctico. Aunque por la índole de la visión del mundo de **Valverde** poeta no nos extrañe que esto no haya sucedido. De hecho, en poemas como "Agradecimiento a Cuba", "Conversación ante el milenio", "El robo del lenguaje" o "Grabación de Salvador Allende", el poeta expresa directamente una voluntad de compromiso con la historia, una deuda que personalmente se ha comprometido a pagar. Sin embargo, por pura honestidad intelectual consigo mismo, ese compromiso no podía llegar a revolucionar su mundo poético, su particular humanismo.

En ese sentido, otro tema que ha marchado acorde con su evolución personal ha sido el de la solidaridad humana, sobre todo desde *Versos del Domingo*. Pero ahora ya no se trata solamente de expresar su dolor por la incomunicación entre los hombres, ni su voluntarismo vitalista por amor al Dios del que son templo, sino algo mucho más importante: es una postura política de compromiso con el hombre. Un cierto escepticismo impregna ese tema en *Ser de palabra*, como ya sucedía en *Años inciertos*, una de cuyas ideas principales reitera de forma autocrítica:

*Para dejar atrás mi nombre
y hablar por todos juntos, yo no sé
si servirá la voz que tengo,
si valgo ya para ese menester:
Cantar del hombre, extraño y sorprendente,
en grandes números, su sed
de amor y de justicia, casi muerta
de fatigarse por comer;
de su sufrir siempre, hasta cuando
ríe y abraza; el dolor que es
lo que le da su dura dignidad
a la altura de cuanto no se ve.*

(Otro cantar)

Sin embargo, no es éste, a mi parecer, el aspecto más importante del libro, aunque sí sea uno de los esenciales de la actitud pública del poeta. El fundamental, que da título al libro y a la sección en que se desarrolla, es el del lenguaje. Conviene recordar lo dicho antes al referirme a los dos primeros poemas de la serie, porque de allí arranca un planteamiento nominalista que trasciende lo anecdótico, lo puntual de la preocupación analítica de la realidad que era la característica de su obra a partir del segundo libro. Incluso en la tercera secuencia de esta parte central del libro, el poema titulado "El robo del

lenguaje", se enriquecen considerablemente las definiciones anteriores. Valverde propone definir el lenguaje desde la conciencia de que todo conocimiento de la realidad pasa por la expresión, y que lo humano sólo tiene sentido en la relación pensamiento-lenguaje, siendo su origen externo al hombre y este origen el que le permite el paso a una edad adulta y razonadora a lo largo de la historia del mundo. La tercera tesis la que propone en "El robo del lenguaje", es expresamente política. El absoluto que es la palabra se convierte en instrumento de dominio, a través del lenguaje de los iniciados y a través de las mixtificaciones que por medio de la palabra efectúan unos grupos sobre otros:

*Todo el lenguaje está comprado por los amos,
les excusa y esconde, y al robado ignorante
le hace más respetuoso ante el vago sistema.
Oíd hablar al pobre: su palabra se agacha
ante todo lo que es comprar, vender, ganar:
con reverencia alude a esas fuerzas temibles,
como a dioses que no cabe nombrar siquiera:
no se atreve ni a usar como suyo el lenguaje.*

El poema siguiente supone una interiorización del tema, una aplicación de esas reflexiones sobre el lenguaje a su propia experiencia del exilio y de una lengua ajena:

*Ahora te es ajeno hasta el paisaje:
no te habla a ti: hasta el pájaro y el árbol
y el río te escatiman las leyendas
que aquí envuelven sus nombres —en ti, rótulos—.*

La experiencia personal sirve de base en este poema a una generalización que identifica lengua e ideología, desviada del planteamiento de las clases del poema anterior, pero perfectamente coherente con su postura de compromiso ya vista más arriba:

*El fondo de tu espíritu no late
si no vive en la lengua que es tu historia.*

(La Torre de Babel cae sobre el poeta).

"Desde la palabra", el quinto poema, significa un corte decisivo respecto a la andadura anterior: es la antítesis, o mejor, la contradicción y la desviación hacia un terreno decididamente metafísico, al cuestionarse a sí mismo sobre la ontología del lenguaje y la transcendencia a través del mismo, del hombre. A partir de este poema es significativo que se vuelva a la intuición mística a la hora de aseverar o que las teorizaciones vayan siendo sustituidas por interrogaciones retóricas que buscan conducir la respuesta a un terreno afirmativo respecto a la transcendencia:

*Donde se apaga el lenguaje,
en la lejanía estrellada sobre las sierras,
o en el fondo de mí cuando me agoto de hablar
¿Se nos acaba el ser?*

Nótese que se adopta una imaginación vertical y una polarización de la naturaleza

transcendente al silencio del individuo, que contrasta con los poemas anteriores. Se trata, además, de un momento esencial en la elaboración de esa metafísica de la palabra:

*¿Estamos solos en nuestra vasta cháchara,
alabándonos, insultándonos, recordándonos,
hablando de altos asuntos y sublimes valores,
y hasta quizás de entidades sobrehumanas, aladas o no,
para que todo se apague en nada,
leve instante de cuchicheo en un rincón entre las estrellas?*

Tras la duda, la afirmación voluntarista que brota de la quiebra del nominalismo que se había desarrollado como planteamiento hasta entonces:

*La palabra ha nacido rota,
abierta hacia fuera, hacia allá...*

Y esa intuición de la transcendencia, a pesar de la duda que sigue planteándose, busca el encaminar al lector hacia una respuesta única:

*Pero, apenas callamos, se alza otra vez en nosotros
la pregunta, el grito, la rebeldía:
si hablamos, si subimos hasta meter el mundo en la palabra
y en la palabra pensarlo y abolirlo,
no podemos aceptar morir en silencio para siempre,
legar nuestra palabra a los que vienen, sabiendo
que, tras de pocas dinastías,
se acabará toda conversación.*

A partir de aquí, los dos poemas siguientes son una profundización en el tema de lo divino, hacia el cual parece ir encaminado todo lo anterior y que, a pesar de su escasa incidencia cualitativa en el libro, determina todo el mundo poético que Valverde redefine aquí. “La palabra hecha carne”, poema escrito en endecasílabos y heptasílabos consonantes, frente a la total libertad métrica del verso blanco en el poema anterior, significa un recogerse en el ámbito evangélico, con una nueva referencia a San Juan Evangelista, ya en el título.

*De boca en boca llega hasta esta hora
un mensaje que emplaza
toda palabra nuestra, y amenaza
transfigurarla en luz abrasadora:
que el ser se mostraría
sustentado en palabra, no en la mía
ni de nadie, una voz sin ley ni cuenta,
flotando en el silencio de allí atrás...
la palabra de siempre, que jamás
dice un nombre de aquel que en ella alienta;
sola voz soberana
que hizo nacer la humana,*

*pero que, al dirigirse a nuestro oído,
dejó su son de mares y de vientos,
hecha carne en un hombre sin fulgor
que dijo poco, "amor" y algunos cuentos,
y murió perseguido
a manos de la gente,
sólo con el rumor
de que resucitó furtivamente.*

Valverde llega a la efusión amorosa mística o irracionalista que mostraba depurada-mente en *Hombre de Dios*, pero esta vez en el seno de un compromiso nuevo: un compromiso con la historia y con el hombre, (abstracciones idealistas), radicalmente más hondo. Es una propuesta nueva de fusión del compromiso histórico personal con una religiosidad evangélica profundamente sentida. Esta actitud, que se iniciaba en *Voces y acompañamientos...*, se enriquece con el Verbo poético entendido como su única posibilidad de comunión con los hombres y como síntesis personal del poeta de mensajes ajenos —Rousseau, Cervantes, Allende, etc.— que, por encima del tiempo y del espacio, se integran en un absoluto lingüístico que, para Valverde, es la entraña misma del ser del hombre, con todas las implicaciones, incluso religiosas, que ello conlleva:

*Mi palabra, que da el ser a lo mío,
¿en otra estará envuelta, enajenada?
¿Es verdad eso? Siento
terror a tal locura, a tan violento
lenguaje, a tal amor
acechando detrás de ese dolor
que es vivir y la cárcel que es el ser.
Sé que fuera el creer
renunciar a mi lengua y a mi vida,
pero me hiere esa palabra clara
y sé que, aun antes ya de ser creída,
valdría echar mil vidas en su hoguera,
aunque un sueño tan sólo resultara.
Y ¿quién iba a soñar de esa manera
que vuelve del revés el pensamiento
y nos deja sin habla y sin aliento?*

Este párrafo sintetiza muy bien esa difícil asunción de la fe frente a las dudas de la experiencia temporal. Estamos, en las palabras y en la música de las palabras, ante un sentimiento místico profundísimo y depurado, en la línea de la mejor poesía religiosa española. Valverde es consciente del problema que plantea actualizar una actitud como la de San Juan de la Cruz o la de Santa Teresa, y lo asume, añadiéndolo a un compromiso temporal plenamente aceptado y no contradictorio necesariamente en lo que respecta a su funcionalidad en una actitud de lucha por una sociedad mejor.

Tras esa efusión mística, el tema último que queda gravitando es el de la fe. En el poema "Creer en el lenguaje", que cierra la sección, Valverde enlaza con el poema ante-

rior y desarrolla la intuición mística en versículos que devuelven a la palabra, a la poesía, la esperanza:

*Hablar de veras es, sin querer, entrar en el más ancho juego,
en la vasta armazón del habla con sus raíces oscuras y ajenas.
Déjate llevar de la mano por el gran ángel del lenguaje,
cree en tu propia palabra, la de todos, y ya estarás
salvado en la red del hablar, volcado hacia el gran oído
donde todo lenguaje, carne de memoria, ha de ser recordado.*

.....
*Habla con sentido de lo que vivas, y estarás así rezando
y actuando como un héroe: estarás dándote a la verdad
donde quedamos entregados en manos del Ser que es Palabra
y que un día empezará en voz alta otro diálogo que no acabe.*

Así, la función última del lenguaje, por encima de la poética, es la soteriológica. Es el canto a la trascendencia, que en el contexto del libro se liga a una reflexión moralista sobre la injusticia de la sociedad humana y su decadencia. Al hablar de "imposible materialismo" quería referirme a eso exactamente. Por encima del compromiso histórico, tras un período de crisis biográfica y poética, la labor poética de los últimos años es una salida a la conflictividad poética manifestada en los poemas de *Años inciertos*: Valverde sintetiza y da coherencia a los temas esenciales de su obra anterior que, como se vió en *Enseñanzas de la edad* y en la reciente *Antología de sus versos* ¹³, es una "obra en marcha" de la cual el poeta elimina aquellos elementos que su actitud literaria y vital no puede asumir en la actualidad. Se mantiene la perspectiva religiosa que se había ido orientando hacia el compromiso terrenal a lo largo de toda su producción, se ahonda en el compromiso político de manera decisiva, mucho más explícita que en las obras anteriores. Y, decisivamente, el poeta plantea el análisis del lenguaje, y no sólo del lenguaje poético, como el camino abarcador de la problemática del hombre en el mundo. Por ello considero que este conjunto de poemas es un hito en su labor poética, porque en él nos devuelve un universo conceptual y estético de íntima trabazón, coherente con su alternativa personal, profundo, humanista, de gran poeta.

(13) José María VALVERDE: *Antología de sus versos*. Ed. Cátedra, Madrid 1980; 161 pp.

